

beza). Yo iría... u... u... u... Pero ¿y el lobo? H... u... u...

SEÑORA MARTINA.—Anda, Juanito, anda, y antes de partir beberás vino caliente.

JUAN EL BOBO.—(Relamiéndose). ¿Me darás un jarro lleno, ñora Martina?

SEÑORA MARTINA.—(Con súbita esperanza). Lleno, lleno, y con azúcar y canela, sí.

(Corre a la cocina y el Bobo la sigue con una bestial expresión de alegría en la cara).

JUAN EL BOBO.—Bien lleno, ñora Martina. Bien lleno, u... u... u...

(Ruido de loza. La abuela reza. La molinera hace calceta. Se oye el ruido de los árboles sacudidos por el viento. Caperucita murmura palabras entrecortadas):

—Bailemos la ronda... Gajo de Sauce... Quiero mi... dedal de oro.

(Señora Martina reaparece seguida por el Bobo, que chasquea la lengua).

SEÑORA MARTINA.—Bueno, Juanito, ve ahora y que el Señor te proteja.

(Toma de la hornacina de la Virgen una bolsita de cuero y se la cuelga a Juan en el cuello. Luego lo empuja hacia la puerta).

SEÑORA MARTINA.—Corre, hijo. Y, sobre todo, no te detengas en el camino ni acudas a ningún llamamiento que pueda ser una celada.

JUAN EL BOBO.—(A punto de salir). ¿Y me darás el cabrito, ñora Martina?

SEÑORA MARTINA.—Sí, hombre, sí; ya te lo he dicho.

JUAN EL BOBO.—¿Y el chaquetón de paño, ñora Martina?

LA MOLINERA.—¡Madre de Dios!

SEÑORA MARTINA.—Te lo daré, Juan. Pero vete, vete. (Lo empuja).

LA ABUELA.—(Lo empuja también). Corre, hijo, ¿no ves cómo está la niña?

JUAN EL BOBO.—(Desde la puerta). ¿Y me darás el cesto con huevos, ñora Martina?

LAS TRES MUJERES.—Si no vas pronto no tendrás nada.

—¡Pelmazo!

—¡Jesús, qué criatura!

(Juan el Bobo sale y la molinera pone la aldaba a la puerta).

LA MOLINERA.—¡Qué noche!... Al asomarme alcancé a ver, entre los árboles, una lucecita en la ventana de Gracia. Mis hijas velan, esperándome, seguro.

LA ABUELA.—Váyase Ud., señora Simona. De todos modos, nada más

podemos hacerle mientras no venga maese Pedro.

(La molinera toma su calceta y canasta).

—No, no. ¿Ud. cree, abuela, que iba a estar tranquila? ¡La querida niñita, que tan cariñosa y buena es!

SEÑORA MARTINA.—(Está sentada al lado de la cama, con la cabeza entre las manos, murmurando la oración de Santa Rita, patrona de imposibles). Haced este milagro... Bienaventurada Rita... hija beata de Casia...

(Cuando termina su rezo queda un momento silenciosa. Luego murmura):

SEÑORA MARTINA.—¡Hijita de mi alma! Descalza iré hasta la ermita de la montaña, el día de Navidad, si cura pronto. ¡Así haya más nieve y más frío que esta noche! Y llevaré en la mano, encendido, un gran cirio que haré yo misma, con la mejor cera de mis colmenas!

(Ruido de cascabeles. Las tres se enderezan simultáneamente):

—¿Oís?...

—¿Oís?

—Cascabeles...

SEÑORA MARTINA.—Hacia aquí se acercan. Será el médico...

LA MOLINERA.—No puede ser. De ida y vuelta una hora se va. Y no hace quince minutos que salió el Bobo...

LA ABUELA.—(Persignándose). Cosas de encantamiento, hijas. No os mováis. Celadas del malo...

(Fuertes pasos y luego golpes en la puerta. Las mujeres se hacen la señal de la cruz).

VOZ DE AFUERA.—¡Abrid, con mil diablos! ¿Os habéis dormido?

LAS TRES A UN TIEMPO.—¡Maese Pedro!

(Señora Martina baja la aldaba y abre.)

EL MÉDICO.—(Entrando). ¿Qué os pasa? ¡Lindo está hacer aguardar al prójimo bajo tal nevada! Buenas noches.

TODAS.— Buenas, buenas noches.

(Deja el bastón junto a la pared y arroja sobre el arca la bufanda, la gorra y los guantes de lana).

EL MÉDICO.—¡Berr!

SEÑORA MARTINA.—¡Con qué rapidez llegó a vuestra casa Juan el Bobo y habéis venido vos, compadre Pedro!

EL MÉDICO.—(Mirándola por encima de las gafas). ¿Juan el Bobo? ¡Ni lo he visto! Hace media hora dormía yo a pierna suelta, bien calentito y arropado, cuando me despertó tal al-

boroto de golpes con el aldabón, que en seguida salté de la cama a tomar a Juan Sin Miedo (señalando el bastón, grueso garrote de encina). Abro la ventana y de abajo una voz ronca me grita:

—Corred, por favor, maese Pedro, que Caperucita Roja, la del otro lado del bosque, ha tomado un enfriamiento y está muy mala. ¡No os demoréis, maese Pedro, si no tal vez se muera la niñita! ¡Mi ahijada Caperucita enferma! Me vestí en un santiamén. Cuando bajé ya no estaba el mensajero. Subí de nuevo en busca del escapulario y el botiquín que había olvidado, torné a bajar, monté en la jaca que ya mi criado me tenía pronta... y ¡trás! ¡trás! ¡trás!... ¡a escape a través del bosque, silencioso y quieto como nunca! (A la abuela). A ver, abuela, hervid un poco de leche, que necesito calentarme las tripas. ¡Berr, qué noche!

(Restregándose las manos para entibiárselas se aproxima a la cama, palpa a la niña, le toma el pulso).

MAESE PEDRO.—¡Hum, buena calentura! Alcanzad el velón, señora molinera... Alumbrad bien... ¡Oy! ¡oy! ¡oy! De verdad está roja nuestra Caperucita. ¿No lo véis, santas mujeres? La pequeña tiene el sarampión brotado. ¡Oy! ¡oy! ¡oy! Se diría que nunca habéis tenido hijos.

SEÑORA MARTINA.—(Llorando de gozo). ¡Ay, compadre Pedro! Yo creí que mi Caperucita tenía pulmonía! ¿Y la tosecita? ¿Y la fiebre?

EL MÉDICO.—¿Dónde ha visto Ud., señora Martina, un sarampión espeso como éste, sin tos y sin fiebre? Dele en seguida una infusión fuerte de borraja y sauco con miel, luego arrópela, cosa que sude, y (saca del bolsillo una cajita) póngale Ud. en la boca una milagrosa pildorilla de estas. Están amasadas con trece hierbas diferentes, recogidas en la montaña a punto de media noche, el día de San Juan, cuando el valle brilla de fogatas y bailan mozos y mozas en torno de las hogueras... A eso deben su virtud especial. Y, además, tienen sangre de abubilla y grasa de puerquito de un mes... ¡Receta del propio Esculapio, mis señoras!

(Bebe la leche, se abriga y, ya desde la puerta, recomienda):

—Sobre todo, cuidado con las corrientes de aire y mantener la pieza caliente ¿eh? ¡Buenas noches!

(Se va maese Pedro y las mujeres, conversando alegres, se afanan por cumplir sus prescripciones).

—¡Me ha sacado un peso de encima del alma!